

## Argentina país de inmigrantes: nacimiento y muerte de una ilusión

Por *Hernán G. H. TABOADA\**

CON VIGOR Y PERSISTENCIA, y por los más dispares grupos ideológicos, fue argumentada la excepcionalidad y hasta ajenidad argentina en el contexto latinoamericano. Ciertamente es que en las distintas épocas los caracteres atribuidos a dicha excepcionalidad fueron variando: más o menos extremos, más o menos positivos, más o menos esperanzadores; pero hubo una prolongada coincidencia en presentarnos a una modélica sociedad de inmigrantes, análoga a las de Estados Unidos, Canadá, Australia o Nueva Zelanda, y con similares y hasta superiores! — niveles de prosperidad y cultura.

Antigüedad muestran las pretensiones: Bolívar no halló en el Plata el fervor que en otros países, y desde entonces la historiografía argentina siempre lo miró como un astuto depredador de la gloria de José de San Martín; cierta escuela revisionista ha dado en criticar el camino solitario que desde entonces se empeñó en seguir Argentina, que el dictador Juan Manuel de Rosas consideraba más igualitaria ya desde la Colonia, sin los “condes ni marqueses” de otras zonas con más pesada carga estamentaria; Domingo Faustino Sarmiento señalaba en 1855 que Buenos Aires era la región que más prontamente se estaba asimilando a Estados Unidos. Décadas después, Bartolomé Mitre (1890) apuntaba en su pionera obra historiográfica el carácter excepcional de su país, destinado ya desde sus comienzos dieciochescos a una brillante carrera en el teatro de las naciones.

Cuando Mitre escribía, la era brillante augurada estaba ya amaneciendo, llegó y permitió que la excepcionalidad adquiriera semblante de certeza por varios lustros. Pero todo terminó, 1927 marcó el pico del crecimiento, aunque hubo mucha resistencia a admitirlo, y sólo el tiempo y los golpes adversos hicieron desvanecer varios submitos: se dice al respecto que Argentina se acercó a América Latina desde el episodio de las Malvinas (1982). No lo creo, pero la observación nos sirve como recordatorio cronológico para fijar el final de cierta actitud de altanería. La prosperidad no sólo desapareció del presente a partir

\* Investigador del Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos de la UNAM; e-mail: <haroldo@servidor.unam.mx>. Agradezco a Carlos Tur sus comentarios y sugerencias a este texto.

de los años treinta, sino que también se esfumó del futuro y del pasado: hoy resulta engañoso comparar los coyunturales años dorados del Plata con las sólidas bases de la economía canadiense o australiana; al respecto se ha especulado demasiado sobre periodos para los cuales las fuentes estadísticas son escasas, tanto las rioplatenses como las otras. En el terreno mucho menos ponderable de la cultura, las comparaciones resultan más arriesgadas: nada parecido a un Borges o al esplendor de Buenos Aires en aquellas latitudes norteamericanas u oceánicas, pero tampoco equivalentes argentinos de la pulcritud de Ottawa, o de los logros del canadiense William McNeill, el australiano Vere Gordon Childe o el neozelandés Ronald Syme, indiscutibles pilares de la historiografía, de la arqueología o de los estudios clásicos.

Si estos corolarios del mito de la excepcionalidad se derrumban, singular resistencia muestra el del origen migratorio de la Argentina, que la distinguiría de los otros países latinoamericanos, con fuerte mezcla indígena o africana. En algunas versiones, la diferencia se remonta *ab illo tempore*: Lucio V. López se ocupó de ella en su libro *Les races aryennes du Pérou* (1871). Una variante que entre otros compartió el notable ensayista Arturo Jauretche jura sobre la escasa mezcla racial de los gauchos, obligados a una lucha de frontera con los indios que impidió los cruzamientos producidos ahí donde los indios fueron sometidos.

Sin embargo, las versiones más ponderadas matizan agregando que las regiones del Plata tuvieron un desarrollo análogo al de los otros países americanos hasta fines del siglo XIX, y si algo la distinguía era la carencia de poblaciones indígenas civilizadas, y por lo tanto de habitantes numerosos y sedentarios, siendo también la época colonial pobre, sin metales ni cultivos tropicales. En la taxonomía que incluye el viejo libro de Clarence Haring *El imperio hispánico en América* (1947), Argentina constituye un caso de “colonia de poblamiento”, distinto a las “colonias de explotación” andina o mesoamericana. Sólo después el país cambió vertiginosamente de cara: ya lo señalaba José Ingenieros en su *Evolución de las ideas argentinas* (1918-1920): el país moderno por él deseado era el que estaban fundando los inmigrantes. La concepción persiste en la valiosa *Breve historia argentina* (1965) de José Luis Romero, que nos cuenta la etapa preinmigratoria en el mismo tono que otros manuales nos relatan el pasado indígena, como una época ajena que se ha ido. Darcy Ribeiro también iguala el pasado argentino con las que él llama “sociedades nuevas”, mientras la Argentina posterior se equipararía en su clasifica-

ción a las “sociedades trasplantadas”.<sup>1</sup> Y los ejemplos se podrían multiplicar.

Esta lectura fue seguida tanto fuera como dentro de Argentina; los proyectos modernizadores de distinto tipo en la segunda posguerra, las exégesis sociológicas urdidas en la academia de los países centrales, parten de la misma. Para los argentinos, el cuadro esbozado terminó convirtiéndose en una de las escasas reconstrucciones del pasado que gozó de aceptación entre los más distintos sectores ideológicos, enlazando en el imaginario popular con innumerables historias personales y la experiencia cotidiana. Es conocido el rechazo que un sector importante de la izquierda tradicional argentina mostró hacia las formas “bárbaras” y “feudales” del interior. Si acaso, fue la derecha la que mostró un mayor apego, retórico, al pasado gaucho e indígena.

Un acuerdo tan general no puede sino contar con amplio basamento: los numerosos estudios sobre la migración, sobre los componentes de la cultura popular, sobre el habla de los argentinos nos confirman continuamente en la idea de un aporte migratorio preponderante. Las estadísticas aseguran que la proporción de migrantes sobre la población nativa fue superior inclusive a la de Estados Unidos. La simple observación nos señala como evidencia las huellas dejadas por la migración: aspecto físico y apellidos, comidas, formas del lenguaje, gestualidad. A diferencia de los demás países de América Latina, en Argentina la voz *criollo* no designa al sector dominante, que por ende presume de un origen europeo, sino casi lo contrario, al que habitaba el país antes de que llegaran los inmigrantes, por lo tanto población en parte mestizada.

La coincidencia no es sin embargo absoluta y dos observaciones preliminares se hacen aquí necesarias. La primera es que la visión de la excepcionalidad es menos excepcional de lo que se piensa. Todo país en cierto modo cree serlo (y lo es)<sup>2</sup> y casi podemos decir que fue la regla entre las sociedades criollas latinoamericanas la pretensión (algo análogo hallamos entre los individuos) de constituir islotes de población blanca en un mar de indios y negros: los sonorenses en México, los paulistas en Brasil, los santacruceños en Bolivia, los antioqueños en Colombia, los costarricenses en Centroamérica. La argumentación a veces contradecía la realidad de la forma más asombrosa: en su momento, influyentes intelectuales de Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo

<sup>1</sup> Darcy Ribeiro, *Las Américas y la civilización, proceso de formación y causas del desarrollo desigual de los pueblos americanos*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1992.

<sup>2</sup> Marcos Cueva Perus, “Excepcionalismo y privilegio: Estados Unidos, América Latina y el Caribe”, *Cuadernos Americanos*, núm. 111 (2005), pp. 187-208.

y Panamá crearon una mitología de pequeños campesinos blancos, que en alguna época feliz del pasado poblaban dichas islas, antes de la oprobiosa invasión de indeseados migrantes africanos o West Indians.<sup>3</sup> En Chile, una pervasiva tradición hacía a todos sus hijos retoños de vigorosos plantíos vascuences, y la ilusión de “salir de América Latina” permanece entre sectores de la derecha.

En segundo lugar, es de notar que siempre hubo grupos escépticos ante una Argentina hechura de los inmigrantes. La ilusión corresponde a las clases medias urbanas del Litoral, ellas sí de origen mayoritariamente migratorio. Distinta fue la tradicional percepción desde las clases bajas y desde la oligarquía, desde el interior del país, desde la atalaya de perspicaces visitantes o de la simplista reducción hollywoodense. Como en toda América, la política de atraer inmigrantes conoció en el Plata alguna oposición:<sup>4</sup> es señaladora la perplejidad con la que el presidente Julio Argentino Roca (el *Zorro* Roca), al visitar el Hotel de Inmigrantes de Buenos Aires y verse rodeado de malolientes turbas de napolitanos, preguntó si era ése el material humano que acudía a civilizar. La clase alta buscó siempre distinguirse, con sutiles bur-las sobre los apellidos italianos y hasta el uso deliberado de incorrecciones idiomáticas de origen rural.

El heroísmo es criollo. Jorge Luis Borges constituye el ejemplo más a la mano de una visión alternativa a la clasemediera que nos ocupa: en sus cuentos y poemas predomina el mundo rural y primitivo, los inmigrantes existen, pero su marco es el de una Argentina previa, a la que se amoldan los compadritos de apellido italiano y los rubios prota-

<sup>3</sup> Sobre estos casos regionales véanse Gerardo Rénique, “Race, region, and nation: Sonora’s anti-Chinese racism and Mexico’s postrevolutionary nationalism, 1920’s-1930’s”, y Barbara Weinstein, “Racializing regional difference: São Paulo versus Brazil, 1932”, ambos en Nancy P. Appelbaum, Anne S. Macpherson, Karin Alejandra Rosemblat, eds., *Race and nation in modern Latin America*, Chapel Hill & Londres, The University of North Carolina Press, 2003, pp. 211-236 y 237-262. Sobre las ideas en el Caribe, véase Arcadio Díaz Quiñones, “El enemigo interno: cultura nacional y autoridad en Ramiro Guerra y Sánchez y Antonio S. Pedreira”, *Op cit* (Universidad de Puerto Rico), núm. 7 (1992), pp. 9-65; Rafael Rojas, “La memoria de un patricio”, *Op.cit.* (Universidad de Puerto Rico), núm. 7 (1992), pp. 121-144; Lil Despradel, “Las etapas del antihaitianismo en la República Dominicana: el papel de los historiadores”, en Gérard-Pierre Charles, ed., *Política y sociología en Haití y la República Dominicana*, México, UNAM, 1974, pp. 83-108; Pedro L. de San Miguel, “Discurso racial e identidad nacional en la República Dominicana”, *Op.cit.* (Universidad de Puerto Rico), núm. 7 (1992), pp. 67-120; Peter Szok, “Octavio Méndez Pereira and Panamanian foundational fiction”, *Revista Mexicana del Caribe*, núm. 14 (2002), pp. 145-165.

<sup>4</sup> Véanse cantidad de ejemplos en Lilia Ana Bertoni, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. la construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, México etc., FCE, 2001.

gonistas de “La intrusa” (“Dinamarca o Irlanda, de las que nunca oirían hablar, andaban por la sangre de esos dos criollos”). El cine nacional y las historietas prefieren héroes de la vieja Argentina: Patoruzú, Vito Nervio, Fabián Leyes. Los apellidos italianos quedan reservados para la burla de la comedia populachera.

Por su parte la cultura ha conservado numerosos rasgos anteriores a la aparición de los inmigrantes, que no existirían si su arribo hubiera sido tan aluvional como se argumentó: las formas del lenguaje argentino denotan, junto a la tonada y modismo del Meridión itálico, una mezcla bastante típica de arcaísmos y de préstamos indígenas. Aunque ha habido mucha fantasía en atribuir a antecedentes mediterráneos (y aquí españoles e italianos se pelotean recíprocamente los defectos) rasgos como el deficiente espíritu público, el afán de figuración o la alta estima de uno mismo, se trata según todo indicio de atributos de la cultura criolla, y como tales extendidos en toda América. Lo que sucede es que sus portadores fueron ocultados por una espontánea conjura del gobierno, la sociedad y ellos mismos. Aparecen tímidamente, de noche, en el cuento “Los monstruos” de Julio Cortázar.

Pero no tan bien escondida fue esta corriente criolla como para que la ignorara el agudo y atípico observador que fue Pedro Henríquez Ureña. Citemos sus palabras:

Las lecturas de fines del pasado siglo difundieron la absurda noción de la inferioridad de la América española, y en consecuencia se le atribuyeron al inmigrante virtudes milagrosas. Yo entiendo la historia argentina al revés de como se presenta en esas interpretaciones, más comunes en la conversación que en la literatura, por cierto. Yo creo que a este país lo han forjado los criollos y que al molde forjado por ellos se ha ajustado el inmigrante [...] el criollo de arriba dictó las normas del país y las impuso [...] Por eso, lo que de inmediato atrae la atención en la Argentina es su carácter criollo. Fue mi impresión primera, en 1922.

Cuando llegó el inmigrante, encontró una sociedad con normas; debía obedecerlas, debía compenetrarse con ellas. El ideal fue parecerse a los criollos superiores. Esta persistencia de la tradición la observan inequívocamente los viajeros.<sup>5</sup>

<sup>5</sup> La primera cita corresponde a “Palabras americanas en la despedida de un buen americano” (1941), en *La utopía de América*, pról. de Rafael Gutiérrez Girardot. compilación y cronología de Ángel Rama y Rafael Gutiérrez Girardot. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, pp. 31-32; la segunda a un artículo de la revista *Sur* de 1940, citado en Enrique Zuleta Álvarez, *Pedro Henríquez Ureña y su tiempo. vida de un hispanoamericano universal*, Buenos Aires, Catálogos, 1997, p. 332.

También es útil aquí la comparación con otros países: la migración fue estampa de amplio culto entre políticos e intelectuales de nuestra región, y planes para fomentarla se implementaron por doquier; el éxito siempre fue menor al rioplatense (como se repite) pero un sector de origen migratorio se halla hasta en las más inaccesibles repúblicas: el inmigrante ya aparece como carácter típico en las primeras retratos / caricaturas literarios de América Latina: *Nostramo* de Joseph Conrad (1904) o el *Tirano Banderas* de Ramón del Valle Inclán (1926). Y del mismo modo que en Argentina (ya con Sarmiento, más firmemente con los nacionalistas del siglo xx), se fueron acumulando reservas sobre su presencia: Costa Rica fue muy consciente de la necesidad de preservar un supuesto carácter hispano-criollo frente a los extranjeros; a fines del siglo xix en Colombia el entusiasmo migratorio se enfrió en cierta medida; en Chile hubo voces de alarma ante la llegada de sabihondos profesores alemanes.<sup>6</sup>

Más que colocar a Argentina en un lugar aparte deberíamos por lo tanto ubicarla en el extremo de un *continuum* —tanto por sus realizaciones como en las ilusiones que sobre ellas se forjaron— que abarca la totalidad de América. La influencia que el siglo xix europeo ejerció sobre las capitales latinoamericanas fue ubicua y muchas formas que creemos rioplatenses estuvieron en realidad más extendidas. Si en algo salió Argentina del padrón, fue más bien en la velocidad con que captó inmigrantes, multiplicó su población y se enriqueció: Chile vio que en pocas décadas su relativa paridad desaparecía para dar sitio a una amplia superioridad argentina en población, riqueza y brillo cultural; Brasil descubrió un rival militar en aquella frontera que creyó en algún tiempo poder incorporar a su imperio. Todos, inclusive en Estados Unidos, consideraron sumamente prometedor el ascenso.

Sabemos que Argentina se estancó mentalmente en esta época dorada, permaneció fijada en las ilusiones de Mitre, no vio sus menesterosos años anteriores ni su parecido con los otros países latinoamericanos, y en ocasiones ocultó ese parecido, eliminando simbólicamente a los indígenas que no pudo eliminar físicamente.<sup>7</sup> Mucho en ello hay también de ignorancia, que no nos es privativa:

<sup>6</sup> Steven Palmer, "Racismo intelectual en Costa Rica y Guatemala, 1870-1920", *Mesoamérica*, 31 (1996), pp. 99-121; Frédéric Martínez, "Apogeo y decadencia del ideal de migración europea en Colombia, siglo xix", *Boletín Cultural y Bibliográfico* (Fundación Arango), vol. 34, núm. 44 (1997), pp. 3-45.

<sup>7</sup> Mónica Quijada, "¿'Hijos de los barcos' o diversidad invisibilizada? La articulación de la población indígena en la construcción nacional argentina", *Historia Mexicana*, vol. 53, núm. 2 (2003), pp. 469-510.

periódicamente los latinoamericanos nos quejamos de saber más sobre las capitales europeas que sobre los más cercanos vecinos. En Argentina esta tendencia fue mayúscula; con regularidad sus hijos tuvieron que salir para “descubrir” América Latina o abogaron por sus causas: antes del mencionado año de las Malvinas, se atribuyó este descubrimiento a Manuel Ugarte y a Ernesto Guevara. De todos modos, en cada ocasión hallazgos y clamores quedaron reservados para pocos. La visión del continente que nutrió a generaciones coincidía con la que Hollywood iba elaborando: si era fácil el clamor cuando se nos presentaba, como trasfondo de las hazañas de algún héroe, a una Argentina primitiva, caótica, supersticiosa, feudal y mestiza, tal clamor desaparecía si el trasfondo era Ecuador u Honduras. Hay que agradecer a las telenovelas, el cable e Internet de que esta imagen haya ido cediendo posiciones entre el gran público, que empezó a descubrir a fines del siglo xx lo que se habían desgañitado diciendo los polígrafos americanos: que existe cierta unidad cultural en la América colonizada por españoles y portugueses. Hasta Buenos Aires se abrió camino esta conciencia.

En efecto, el mito que nos ocupa ha empezado a desvanecerse: de ello dan cuenta las comunicaciones pero también Argentina ha vivido experiencias traumáticas que ojalá estén dando ahora frutos positivos, incluyendo relecturas del pasado. Y hay cambios sociales de importancia. La nación de inmigrantes ha retrocedido. Como en cualquier ciudad latinoamericana, el campo mestizo ha invadido las ciudades, hay ya pequeñas comunidades indígenas en barrios marginales del Gran Buenos Aires. No es fenómeno nuevo: ya durante el peronismo se denunció la invasión de “cabecitas negras”, pero ahora sus descendientes han dejado atrás la posición de subordinados al país inmigrante y han impuesto sus pautas culturales.

Y tras ellos llegan otras poblaciones campesinas. Cuando nos hemos referido a la migración, hasta ahora ha sido suponiendo que es la proveniente de Europa: en realidad siempre hubo un pequeño contingente de otros países latinoamericanos — bolivianos en Salta, chilenos en Patagonia, paraguayos en el Litoral — y hasta llegaron asiáticos y africanos, sin faltar los estadounidenses. La corriente migratoria entre Europa y Argentina ha revertido su curso, mientras bolivianos, paraguayos, peruanos y chilenos se han hecho más presentes, fundando asociaciones y buscando periódicos de sus países por las calles porteñas. Junto a ellos, migrantes de zonas que jamás supusieron Alberdi ni Sarmiento: coreanos y chinos, medioorientales que han instalado un insólito islam en las capitales, y de forma visible, africanos, como la

comunidad caboverdeana de la zona sur de Buenos Aires, que ha vuelto a convertir al negro en personaje común por las calles porteñas (había desaparecido desde los ochenta del siglo XIX, dejando un toque de exotismo en las descripciones de *La gran aldea* de Lucio V. López, de 1884).

Con todo ello, la historia tiende a ser reescrita: es significativo que se haya sospechado en los últimos tiempos un origen mestizo de José de San Martín,<sup>8</sup> lo cual tanto puede hablarnos sobre un significativo ocultamiento anterior como sobre una significativa fantasía actual. Ha aparecido algún interés en la música y hasta el arte latinoamericanos (al mismo fue dedicado un museo recientemente abierto en Buenos Aires). Los cambios de percepción que esto implica ocurren en un mundo que ya ve claramente cómo pertenece al pasado el momento eurocentrista: Estados Unidos y Canadá ya reivindican también otras herencias; Sudáfrica expresa, hasta por boca de sus habitantes boers, su carácter africano; Australia ha dicho ser parte de Asia, Israel cada vez más se parece al Medio Oriente y olvida las juderías ashkenazíes. También nosotros volvemos a encontramos con nuestro destino sudamericano.

<sup>8</sup> Hugo Chumbita, "Hacia una revisión histórica americana: la filiación de San Martín y las políticas de la identidad nacional", en Edgar Montiel y Beatriz G. de Bosio, eds., *Pensar la mundialización desde el Sur. IV Corredor de las ideas*, Asunción, UNESCO etc., 2002, pp. 71-78.